



MERCADO DE ABASTOS DE SAN ISIDRO (CARABANCHEL. MADRID)

Sonhos (Sueños)

CARLOS MEDIAVILLA GARCÍA

Sueño con kilómetros de carreteras absorbidos por el morro del coche. Las ventanillas bajadas. La corriente de aire revolviéndome el pelo, silbándome al oído. Mis pies flotando sobre los pedales y mis manos acariciando el volante. Es difícil. No tengo coche. No sé siquiera conducir.

Sueño con pies descalzos caminando sobre arena fina como de playa. No es la playa, es un camino ancho entre trigales verdes, extensos como el mar. El camino asciende hasta la cima de una loma. Cuando la alcanzamos, baja para subir a otra loma más. El sol nos calienta la piel, pero la arena es fresca bajo las plantas de los pies. Sobre ellas estamos nosotros, los amigos.

Es difícil. No conozco caminos así. No tengo amigos. Nunca he caminado descalzo fuera de una alfombra.

Nada es imposible. Vamos, eso creo yo. No pierdo nada creyéndolo. Tiempo, quizá.

Delante, los pescados entre montañas de sal. Detrás, un paño de limpios baldosines blancos de 20x20 con las juntas ennegrecidas. También hay un póster del ministerio de sanidad y consumo con distintas especies de pescados comestibles dibujadas en orden, como en una tabla de contabilidad. Nadie lo ve. Una esquina está despegada de la pared de baldosines. Pasa tan desapercibido como las juntas ennegrecidas.

En medio está él, con ojos de cordero a medio degollar. A nadie le piden tener ojos de besugo para trabajar en este puesto, sólo saber cómo coger los peces sin que se le escurran de entre las manos. Son ojos llenos de sueños. No he dicho ojos soñadores. Sus ojos están empapados de los sueños que le asaltan por la noche. No son sueños brillantes, ni siquiera originales. Tampoco muy variados. Son sueños con los que escapa de entre la pared de baldosines y el mostrador de los pescados.

Alrededor hay muchos puestos, muchas cajas en orden y en desorden, hay más pescados, vacas enteras peladas y sin cabeza, frutas en pirámides y patatas en montones, hilos de agua corriendo hacia los desagües, charcos, pollos, pollos y pollos, y muchos más huevos. Hay gente que viene y va, hay gente que no se mueve, gente que no para quieta pero que ni va ni viene. Apilan cajas: golpes. Comentan con los de otros puestos: gritos. Negocian: mentiras. También verdades.

Sueño que me muevo bajo el agua entre peces y corales y esa luz tan especial de los fondos poco profundos. No buceo, me muevo despacio. A veces parece que ando, a veces que vuelo. Rocas y algas. No tengo que salir a la superficie a respirar. Cangrejos y caballitos de mar. Todo está tranquilo, pero no silencioso. Hay un sonido como de burbujas y corrientes. A veces como si una flecha atravesara el aire. Pero todo eso amortiguado, como si llegase en diferido.

Esto sí es imposible, pero yo lo sueño. Si un día encontrase una lámpara maravillosa, la frotese y saliese un genio, le pediría sólo un deseo aunque me ofreciera tres. Le pediría poder moverme bajo el agua así. No le pediría el coche, ni le pediría amigos, de verdad, aunque me ofreciera tres deseos y no uno. El coche y los amigos son difíciles pero no imposibles. Con los genios nunca se sabe. Es mejor no pasarse.



Una vez vi una película de un hombre que batía todas las marcas en las competiciones de buceo. Su amigo se moría tratando de superar su mejor marca. Siempre competían en el Mediterráneo. Su amigo era un gran buceador, pero era humano. Se alojaban en hoteles caros. Él no era humano. Tenía a una novia a la que le enseñaba una foto de su familia. Eran delfines. Su familia, digo. Luego se echaba a llorar y a partir de ese momento la novia lo seguía a todos lados.

Tampoco tengo novia. Tampoco la busco. Eso no sé si es difícil o imposible. Por si acaso no se la pediría al genio.

Esa mañana apareció un tipo que se puso a tocar el acordeón en la esquina del bar. A él le recordó cosas. A París o a Portugal. Cosas que nunca había visto y calles que nunca recorrería. Margarita apareció unos minutos más tarde y levantó la mano desde el otro extremo de la barra. “¿Qué hay, Andrés?”. Eso era que lo saludaba a él. “¿Qué hay, Margarita?”. Siempre que podía él contestaba con la misma frase que le dirigían. Normalmente funcionaba y la gente no se liaba a hablarle. Margarita bebió el vaso de café con leche de un sorbo y salió. Margarita nunca perdía el tiempo.

De repente, él vio algo insólito a través de la cristalera del bar. Margarita se acercaba al hombre que tocaba el acordeón y mientras le dejaba una moneda en la caja le besaba en la mejilla. Él sintió que se le humedecían los ojos.

Esa mañana sus ojos no estuvieron llenos de sueños, sino de esa imagen. No había mediado palabra entre ellos. Margarita se había acercado decidida, a su paso, ni más lento ni más rápido. Con la mano derecha había dejado la moneda mientras con la mano izquierda había tomado la mandíbula del hombre que tocaba el acordeón como para acercarle la cara para darle el beso en la mejilla opuesta. Pero no había llegado a moverle la cabeza. El hombre que tocaba el acordeón se había dejado besar igual que aceptaba las monedas en su caja. Ningún gesto de complicidad. El hombre había continuado tocando su acordeón y Margarita se había dirigido hacia su puesto.

A veces él miraba de soslayo hacia el puesto de Margarita, que destazaba carne como cualquier otro día. Estaba enfrente del suyo, dos puestos a la izquierda. No parecía particularmente conmovida. Margarita no era ni joven ni vieja, ni gorda ni flaca, ni guapa ni fea. Por no ser, no era ni mujer a sus ojos. A él, no se sabe por qué, le gustaban las chicas jóvenes, flacas y feas. Esa mañana sí; esa mañana Margarita era una mujer. Ellas nunca le miraban y él las miraba sólo un poco para no ponerse nervioso. Dando machetazos entre chuleta y chuleta, era una mujer.

Él imaginó a Margarita corriendo al lado de una vaca viva. Las dos descalzas. Como a cámara lenta. Margarita con la mano izquierda sobre el lomo de la vaca. La vaca se paraba y se ponía a comer pasto. Margarita se inclinaba sin quitar la mano izquierda del lomo y le daba un beso a la vaca entre los dos cuernos.

“¿Qué, Andrés, hemos dormido?”. De repente, él se descubrió a sí mismo mirando a Margarita desde hacía no sabía cuántos minutos. “¿Qué, Margarita, has dormido?”. “Yo, sí”. Margarita dejó de mirarlo y siguió a lo suyo.

Lo último cada día era limpiar los baldosines blancos hasta dejarlos blanquísimos. Por enésima vez él pegó la esquina del póster que nunca se había parado a mirar. Cuando se volvió, Margarita seguía trabajando. Después de echar el cierre fue hasta el puesto de ella y se quedó delante a pie quieto, esperando. A su alrededor todos recogían sus puestos alterados como si se tratase de un desembarco en una guerra. Mañana sábado sería una fiesta de esas que detestan los oficinistas y adoran los del mercado. Parecía que el mundo terminaba ese viernes y que habría que volver a construirlo el lunes siguiente. Margarita estaba recogiendo tan rápido y tan tranquila como cualquier otro día.

Cuando ella echó el cierre se puso frente a él, le miró a los ojos y le dijo “¿qué quieres?” mientras alzaba las cejas. Él, sin atreverse a tocarla con las manos, se inclinó hacia ella y le dio un beso. Luego trató de recordar en qué mejilla, pero no le dio tiempo. “¿Dónde comes hoy, Andrés?”. “¿Dónde comes tú, Margarita?”. “Anda, vente conmigo”. Y Margarita lo tomó del brazo, como si fuera un viejo amigo.

Margarita conducía con el codo izquierdo apoyado en el borde de la ventanilla bajada, la corriente alborotándole inútilmente su pelo siempre alborotado, la mirada fija en la carretera. Él, intentando atrapar algo que decirle, algo que debía estar suspendido en el aire sofocante del interior del coche. A ratos miraba a través del cristal. “Mejor que la bajas, porque te vas a asar. La ventanilla”. Con las dos abiertas el ruido era tan fuerte que dejó su cacería en el aire de cosas que decirle. La corriente le revolvía el pelo ahora también a él.

Veinte minutos de carretera de Toledo y desvió hacia Dos Barrios. Margarita entró en casa con una bolsa con cuatro chuletones para la comida. Él la siguió tratando de cogerle la bolsa. Un chuleton para cada uno. Uno para él, otro para Margarita, el tercero para Primo, que era el marido de Margarita, y el más pequeño para la prima de Margarita, que se llamaba Tere. Primo era joven, gordo y guapo. Tere era joven, flaca y fea. A él le gustó, pero ella no parecía prestarle mucha atención. Primo sí, Primo le hablaba y le hablaba. Primo era así, sociable, como a veces le hubiese gustado ser a él, de una amabilidad sin motivo ni objeto. “No le mareas, Primo”. Margarita servía la comi-





da. Tere parecía absorbida por el televisor. Él no fue capaz de decir que le gustaba que Primo le hablase, que siempre comía solo y que aquello era una novedad. Primo no pareció ofenderse, se aplacó un poco y después volvió a la carga. Tere subió el volumen mirando el mando a distancia como si se tratara de un talismán. Él pensó que así debía de ser una familia y, de un modo extraño, se sintió protegido. Margarita comía como destazaba la carne en el puesto del mercado, con la misma mezcla de concentración y falta de interés. A veces lo miraba a él con familiaridad. No le hablaba más que para decirle que si quería más de esto o de aquello.

“¿Tienes prisa por volver a Madrid?”, le preguntó Margarita. Ya habían tomado café y habían hecho un rato de sofá ante la tele. Él se encogió de hombros y negó con la cabeza al mismo tiempo. “¿Os venís a dar una vuelta?”, preguntó ahora a los otros dos. “¿No? Vale. Venga, Andrés, vente conmigo, vamos a dejar que estos dos se desfoguen”. Una vez en la calle Margarita notó el estupor en la cara de él. “Les digo esas cosas porque así, con un poco de suerte, no se deciden a acostarse. Porque ganas no les faltan. Yo no me chupo el dedo. No es que me importe mucho, sabes, pero en fin. A ver si esta guarra se va de una vez de casa, que vino para unas semanas en lo que encontraba piso en Madrid, y ahora no hay quien la saque. Y el otro, que está que no caga con ella. Bueno”. Margarita no habló más de momento. Caminaron por el pueblo. Todavía no había nadie en la calle.

Salieron del pueblo por un camino. No eran trigales verdes lo que había alrededor, sino maleza agostada, pero él en un arranque se sacó las playeras sin desatarse los cordones y tiró de los calcetines. Margarita lo miró con sorpresa y después rió al ver cómo pegaba pequeños brinco porque la arena le quemaba las plantas de los pies. “Anda, entiérralos un poco”. Él le sonrió agradecido. Después Margarita se quitó las



sandalias y empezaron a caminar descalzos. Caminaban cada vez más deprisa porque, aunque intentaban ir enterrando los pies, les ardían más y más. Al final corrían hacia una sombra cercana: unos chopos a la orilla de un canalito seco. Se sentaron uno junto al otro en el pretil de un minúsculo puente que salvaba el cauce inexistente.

–¿Te puedo hacer una pregunta? No me gusta andar metiéndome en las cosas de nadie, así que te prometo que será sólo una y si tú no quieres pues no me la contestas.

–Dale.

–¿Por qué me has dado un beso?

–¿Te puedo contestar como los gallegos, con otra pregunta?

–Bueno.

–¿Por qué le diste un beso esta mañana al hombre del acordeón?

Margarita miró hacia el otro lado y se llevó la mano al pelo como si tuviera la inútil intención de alisarlo.

–No lo sé –dijo al fin–. Siempre que escucho un acordeón pienso en Lisboa. Nunca he estado allí. Tampoco es que sepa mucho de ella. Es como un sueño. Ya ves tú qué sueño, con lo cerca que está, pero, en fin, es mi sueño. No sé. El nombre suena a qué te diría yo... Me la imagino con todas las calles de adoquines. Bueno, eso es que me lo ha contado alguien; y lo de los tranvías también, que son antiguos y hacen mucho ruido. Y el río Tajo, que allí es enorme. Y los portugueses, que hablan en portugués. Pues claro, dirás tú. Pero es que a mí el portugués siempre me ha parecido más... amable. No sé... Primo y yo, en vez de ir de luna de miel a Lisboa fuimos a Canarias, porque a Lisboa se puede ir en cualquier momento. Ya llevamos tres años casados y resulta que, como se puede ir en cualquier momento, no hemos ido todavía. Y todo así. –Margarita miró hacia el otro lado de nuevo, y cuando se volvió preguntó– Y tu sueño, ¿cuál es?



–Sueño que me muevo bajo el agua entre peces y corales y esa luz tan especial de los fondos poco profundos. No buceo, me muevo despacio, a veces parece que ando, a veces que vuelo. Rocas y algas. No tengo que salir a la superficie a respirar. Cangrejos y caballitos de mar. Todo está tranquilo, pero no silencioso. Hay un sonido como de burbujas y corrientes, a veces como si una flecha atravesara el aire. Pero todo eso amortiguado, como si llegase en diferido.

–¿Lo has leído en algún sitio?... Perdona que te lo diga, pero es que suena de lo más poético.

–No, es que lo he soñado muchas veces y luego me lo imagino durante el día y siempre me lo describo a mí mismo con esas mismas palabras.

–Vaya...

Él pensó en el genio de la lámpara maravillosa que nunca aparecería en su vida a hacer realidad ese sueño. De repente, se sintió él mismo como un genio liberado.

–¿Quieres viajar a Lisboa? –claro que, vaya genio, que no sabía conducir–. Bueno, la verdad es que yo no tengo coche, así que tendríamos que ir con el tuyo, y yo no sé conducir, o sea, que te va a tocar a ti.

–O sea, que me vas a hacer el gran favor de acompañarme –el tono de Margarita era de ironía, pero le brillaba la mirada como si él fuese verdaderamente un genio–. Pues venga.

Margarita no le pudo advertir a Primo que se marchaban, porque le oyó cumpliendo su deseo con Tere en la planta de arriba de la casa. Le dejó una nota: “Estoy en Lisboa. Vuelvo el lunes. Besos a los dos, Marga”.

El morro del coche absorbiendo kilómetros. Mucha carretera por delante. Las ventanillas bajadas. “¿Verdad que casi todos los sueños pueden hacerse realidad?”, dijo él. Margarita lo miró. No le había oído, pero sonreía. ●

CARLOS MEDIAVILLA GARCIA



MERCADO DE SAN ISIDRO. CARABANCHEL. MADRID. 50 AÑOS AL SERVICIO DEL BARRIO

En este año 2002, el Mercado de San Isidro (Carabanchel, Madrid) cumple su 50 aniversario. No se trata de un edificio monumental, sino de un mercado de barrio popular. Recibe su nombre del patrón de Madrid por hallarse ubicado en las cercanías de la pradera de San Isidro, hasta donde se desplaza todavía hoy la romería el día de la fiesta mayor de la capital.

En 1948 Carabanchel, hasta entonces compuesto por dos municipios independientes de Madrid, se incorpora como distrito a esta ciudad. Cuatro años más tarde, en 1952 se construye el Mercado de San Isidro, en la mitad del recorrido de la calle del General Ricardos, auténtica arteria del distrito, que se fue conformando a los lados de la línea de tranvía que unía desde 1908 la plaza de toros de Vista Alegre, “la Chata”, con el centro de Madrid.

En la actualidad, el Mercado está separado de la calle del General Ricardos apenas por algunas edificaciones posteriores, pero sigue siendo parte del corazón del distrito, en una de las zonas de mayor actividad comercial y movimiento de personas.

Su superficie alcanza 2.200 metros cuadrados, con 90 puestos dedicados en su mayoría a la venta de todo tipo de productos frescos, algunos de ellos especializados (café, bacalao), otros ofreciendo servicios complementarios (recreativos infantiles, peluquería, agencia de viajes) y uno de ellos más exótico cuya oferta la componen productos africanos.

Su construcción relativamente reciente no ha hecho necesaria ninguna rehabilitación, pero sí remodelaciones: en 1994 se pusieron al día los almacenes y en 1998 sus accesos y fachadas, dejándolo en condiciones adecuadas para afrontar nuevas décadas de servicio al barrio.